

la yerba y dormían á la sombra de los nogales y manizanos. Los emigrados pues, comenzaron á formar sus cabañas en el bosque, y como un recuerdo de su pasada y trágica historia, lo pusieron el nombre de Tlaxcala. Parece que en mucho tiempo no fueron molestados por los espáñoles, y que aun las tribus bárbaras del norte respetaron al pañado de valientes tlaxcaltecas. Después como ha habido un furor de cambiar y reemplazar todas las cosas existentes, á Tlaxcala se bautizó con el nombre de *Bustamante*; pero en el Departamento de N. Leon de que forma parte, le llaman todos el Pueblaito.

Ya que poco mas ó menos conocen los lectores al Pueblaito, lo cual no deja de ser esencial para el objeto de mi narracion, seguiré adelante con ella.

Llamó nuestra atencion un fresno altísimo, que parecia convidarnos á reposar en la sombra que proyectaba en el prado su espeso y pomposo follaje, y en efecto lo escogimos como un asilo, como un espléndido salon para saborear nuestro frugal alimento. ¡Cuánto mas hermosos son estos artesones de verdura y estas mesas de fino césped que los cortinajes de tisú, y los muebles de mármoles de los palacios! El capitán desató unas *árganas* de los tientos de la silla y tendiendo sus *mangas* en el suelo sacó á luz una botella de vino de Parras, unos trozos de queso, unos salchichones, galletas, almendras y finalmente un excelente pedazo de dulce de membrillo. Asombrado quedé de que pudiera cargar en las ancas del caballo una despensa tan abundante; pero sin argumentarle ni hacerle necias observaciones, me limité á ejecutar lo que me dijo.

—Ni por pienso, Señora, le contesté; por el contrario, si causamos á V. incomodidad, pasaremos la noche debajo de aquel fresno donde ya hemos dormido una agradable siesta.

—En efecto los ví á Vds. y mandé á mis niñas á que cubrieran á Vds. la cara, pues les estaria molestando el sol.

—Eran esas niñas las hijas de V., le interrumpí. . . .

—Criadas de V., y cabalmente aquí vienen con mi esposo.

—Señores, tengan Vds. buenas noches, nos dijo un anciano que entraba á ese tiempo acompañado de dos muchachas.

—Caballero . . . Señorías . . . niñas, balbutimos yo y el capitán.

—Quietos, señores militares, sientense Vds.—El anciano colocó en un rincón del cuarto una pala y un azadon que traía en la mano, y las muchachas despues de saludarnos con una adorable é ingenua sonrisa, regalaron á su buena madre un ramo de rosas, campanúlas y maravillas.

—Hijas, les dijo la madre, es menester disponer cena y camas para los Señores, que probablemente estarán cansados y mañana tendrán que madrugar. Las muchachas volaron á ejecutar las órdenes de su mamá, mientras que nosotros arreglábamos las maletas y monturas, y procurábamos acomodar lo mejor posible en un corral á los caballos. Merced al esmero y aten-

tro, blancos, sus trenzas negras flotando á impulsos de la brisa, sus cuerpillos aereos, flexibles, fantásticos. . . Las niñas se aproximaron mas y yo entonces cerré los ojos y fingí que dormia profundamente, procurando solo divisar sus movimientos al abrigo de mi sombrero, que tenia colocado sobre una parte de mi cara. Un rato estuvieron en pié, despues con mucho tiempo colocáronme el sombrero de manera que me cubriera un rayo de sol que penetrando por entre las hojas del fresno daba en la cabeza, y temiendo sin duda ser sorprendidas en esta obra de inocente y sencilla compasion huieron precipitadamente. Necesité reflexionar mucho tiempo y estregarle los ojos con frecuencia para quedar cerciorado de que lo que habia visto no era una vision celestial.

Al ponerse el sol fuimos á una casita situada frente del fresno á pedir permiso para pasar la noche, protestando á la menor molestia posible.

—Pasen Vds., Señores, esta casa está á su disposición, nos contestó una muger como de cuarenta, años fresca y rubicunda todavía.

—Gracias, Señora, gracias por esa amable sonrisa con que nos ha ofrecido su casa.

—Lo acostumbro hacer así con todos los pasajeros y militares que transitan por este lugar, y mas cuando su aspecto indica que no abusarán. . . .

—Ni por pienso, Señora, le contesté; por el contrario, si causamos á V. incomodidad, pasaremos la noche debajo de aquel fresno donde ya hemos dormido una agradable siesta.

—En efecto los ví á Vds. y mandé á mis niñas á que cubrieran á Vds. la cara, pues les estaria molestando el sol.

—Eran esas niñas las hijas de V., le interrumpí. . . .

—Criadas de V., y cabalmente aquí vienen con mi esposo.

—Señores, tengan Vds. buenas noches, nos dijo un anciano que entraba á ese tiempo acompañado de dos muchachas.

—Caballero . . . Señorías . . . niñas, balbutimos yo y el capitán.

—Quietos, señores militares, sientense Vds.—El anciano colocó en un rincón del cuarto una pala y un azadon que traía en la mano, y las muchachas despues de saludarnos con una adorable é ingenua sonrisa, regalaron á su buena madre un ramo de rosas, campanúlas y maravillas.

—Hijas, les dijo la madre, es menester disponer cena y camas para los Señores, que probablemente estarán cansados y mañana tendrán que madrugar. Las muchachas volaron á ejecutar las órdenes de su mamá, mientras que nosotros arreglábamos las maletas y monturas, y procurábamos acomodar lo mejor posible en un corral á los caballos. Merced al esmero y aten-

cion de esta familia, pasamos una excelente noche: á la mañana siguiente montamos á caballo para seguir nuestro viage. Toda la familia asió á la puerta á vernos partir; las muchachas nos regalaron una rosa á cada uno y el anciano con mucha sinceridad nos dijo:—¡He! Dios lleve á Vds. con bien, cuando vuelvan ya saben que tienen una casa.

—Pronto, muy pronto nos veremos, D. Juan, le contesté; quizá entonces podré traer á estas niñas algunas frioleras en señal de mi gratitud.

—Si va V. por Rio-Grande, dijo el capitán, inclinándose á dar un abrazo á Don Juan, no deje V. de verme; tendré mucho gusto en que estemos juntos.

—A Dios, Señores.

—A Dios, niñas.—A Dios, Don Juan.

Un año despues pasaba yo cerca de Tlaxcala. El hermoso fresno debajo del cual dormi una siesta: la amable familia que me dió hospitalidad: aquellas muchachas puras y hermosas que vi acercarse lentamente á mí, como dos ángeles del cielo: el arroyo, las flores, todo, todo, se me presentó de nuevo como un cuento de las Mil y una noches, así es que me resolví á estraviar mi camino y visitar en Tlaxcala á las bondadosas gentes que habian dejado en mi alma tan vivo recuerdo.

Atravesé la multitud de calles formadas con las huertas y pequeñas casas, me interné en la calzada de nogales, y divisé al fresno, fresco, verde, lleno de pompa y de vida; pero la modesta casa y el pequeño jardin de Don Juan no existian ya: un monton de ruinas, una porcion de palos quemados. Esto era todo.

II.

Un horrible vértigo se apoderó de mí: bajé-me del caballo, recliné mi cabeza contra el fuste de la montura, y permanecí de esta manera no sé cuanto tiempo, hasta que una voz un poco bronca me dijo:—amigo mio, si está V. enfermo, puede V. pasar á mi casa y acostarse un rato . . . ó en fin, tomar una taza de café ó alguna otra cosa que lo alivie.

—No es nada, le respondí, me acometió un ligero desvanecimiento; pero se ha pasado. El que me hablaba era un anciano rollizo con un gran sombrero jirano, una cotona y unos calzones de gamuza lipana, y que picado de la frialdad con que yo lo habia tratado, me volvió las espaldas y se dirigió á su casa, que estaba muy inmediata. Yo por mi parte puse el pié en el estribo; pero deseando indagar los pormenores de la catástrofe de la familia de Don Juan, cambié de resolución y dejando mi caballo al criado me dirigí en pos de mi hombre.

—Bien le decia yo, me dijo al mirarme, que

tendria V. necesidad de descansar un rato. Pase V. adentro, tomará V. algo.

—Una poca de agua fresca, le contesté es lo único que deseo.

—¡Y donde se dirije V. ahora! me dijo presentándome un gran vaso de agua.

—A Monterey, le contesté respirando con trabajo, limpiándome los labios y poniendo en sus manos el vaso ya vacío.

—Pues entonces podría V. cómodamente quedarse á dormir aquí, y mañana hace V. su jornada á Palo Blanco, ó á Salinas, si los caballos son buenos.

Tenia yo intencion de llegar ahora á Boca de Leones, pero como pasé cerca de este lugar, quise saludar á una familia que vivia aquí junto y me hospedé hace un año; mas veo que la casa está quemada.

—Si, quemada, me interrumpió, y toda la familia murió á manos de los salvajes. . . .

—Dios mio, qué catástrofe tan horrible!—Horrible, sí, horrible por cierto, me contestó con una voz conmovida, pero V. conoció desde luego á mi hermano Juan?

—¿Era hermano de V. D. Juan?

—¡Y se acuerda V. de Rita y de Paula, mis sobrinas?

—Oh! mucho me acuerdo de toda la familia. —Qué guapas y qué hermosas eran las muchachitas! Qué pies los de Paula tan chiquitos! Qué cintura la de Rita! Qué gracia al andar, qué sonrisas. . . Ya se ve las dos muchachas eran como dos luceros.

—Pobres niñas, murmuré á media voz.

—Pobres sobrinas mías, repitió D. Tadeo (que este era el nombre de mi huésped), y luego señor, si viera V. las crueldades que hicieron los bárbaros con toda la familia.

—Cuenteme V. los pormenores, pues aunque sea muy doloroso escucharlos, deseo saber el martirio que sufrieron estos ángeles. —¡V. estaria aquí, por supuesto!

—La víspera del casamiento de Paulita. . .

—Con que se iba á casar Paulita, le interrumpí.

—Sí señor, con un muchacho muy hombre, bien de Boca de Leones, llamádose José de gos,—pero como decia yo á V., la víspera del casamiento cosa de las ocho de la noche y á la casa de mi hermano Juan y me lo en el Rio-sentado en compañía de sus hijas y de mi madre Gertrudis, al derredor de una lum³) donde se asaba un cabrito.

—Síntate, hermano Tadeo, me dijo luego como vió entrar, cenarás con nosotros. Esta preparando este cabrito, porque las muchachas, esperan esta noche á José de Burgos. — ¡Mire pues que mañana se casa con Paulita. . . .

—Lo sé, Juan, lo sé. ¡Por fin se casó con una muchacha nos quiere abandonar, lo de la cabeza

—No, tío, de ninguna manera, me quedaré con Vda., contestó Paula.

—Sí, te quedarás, es una verdad; pero yo hubiera querido que fueses mi mujer.

—¡Tío!

—No te asustes, sobrina mía; con una dispensa del Sr. Provisor todo se hubiera facilitado; pero veo que el Sr. Provisor no me hubiera quitado ni los años ni las canas, ni las arrugas. . .

José de Burgos es un excelente muchacho, Paula, y vas á ser muy feliz con él; en cuanto á mí, esperaré á que tu hermana tenga un año más, y entonces verás como no es ingrata. ¡Que dices de esto, Rita! Las muchachas se pusieron coloradas con estas chanzas, y yo como estaba sentado en medio de ellas, pude abrazarlas con un cariño de tío. . .

qué de tío, de padre, Sr. militar, pues las quería como á las niñas de mis ojos. ¿Se acuerda V. de ellas! ¡Las vío V. correr por entre estos arroyos con sus cabezas llenas de rosas, sus zagalejos encarnados y sus zapaticos blancos? —Tadeo García tenía al concluir estas palabras los ojos llenos de lágrimas, pero sacó su pañuelo y fingiendo limpiarse el sudor de la frente, enjugó aquel llanto que le arrojaba el recuerdo de sus sobrinas.

—Yaya, Sr. militar, fume V. un cigarro, me dijo con una voz ya repuesta y entera.

—Con mucho gusto, le contesté; mas espero que no me dejará V. en duda de lo que deseo saber.

—No, por cierto, me respondió sacando de la bolsa una hoja de maíz y un pan de tabaco aprensado, para hacer los cigarros. Vd. que conoció á mi hermano Juan, vería que su aspecto representaba un rancho rústico é ignorante como yo.

—No señor, representaba un hombre sencillo y honrado, de los que á cada paso he encontrado por la frontera.

—Sí, en efecto, mi hermano era muy honrado, como digo á V., aunque rústico sabia dar muy buenos consejos á sus hijas, de manera que se era V. encantado al oír como esa noche

estaba á Paula para que amara mucho á su hijo, para que fuese una mujer trabajadora, para que en fin llegara á ser una madre

de su casa y de su familia como lo ha sido mi comadre Jacinta. En estos sermones estábamos cuando escuchamos pasos de ca-

os y á poco momento se presentó en la casa el muchacho José de Burgos. Todo fué ale-

entonces; mi hermano y mi comadre lo abrazaron, y yo y las muchachas lo llevamos y en peso junto al fogón donde el cabrito se servía, asando.

—Bien, me quedo, D. Tadeo, estoy resuelto.

—Pues manos á la obra. Hola Francisco, desensilla los caballos del señor, dales agua, y un poco de zacate, y aqúestese mientras de que voy yo á ver á unos arrieros que deben salir mañana con unas cargas de maíz.

D. Tadeo García se puso su sombrero y salió.

con indianas, castores, aretes, soguillas, peinetas y. . . qué sé yo qué cosas mas que habia comprado en Monterey. Como ya V. conoce lo afectas que son las mugeres á esas chucherías, no debe extrañar que mis sobrinas se volvieran locas. ¡Qué bonitos zarcillos! decían, ¡qué piedras verdes tan lindas! ¡qué castores tan primorosos! . . . —Qué castores ni qué diablos, les dije yo, lo mejor será que vean no se quiere el cabro y cenemos, tanto mas que este pobre José no habrá comido nada desde esta mañana; y apropiado, continué yo dirigiéndome á José de Burgos, ¿de dónde saliste esta mañana?

—Del Palo Blanco, me contestó.

—¿Caramba! pues has andado recio, y. . . ¡qué dicen de nuevo por Monterey!

—Anda el rum rum de que han entrado muchos indios por la Sierra de Monclova; pero yo creo que no es cierto, pues el camino está tranquilo.

—No hay que fiarse de esos hijos de Satanás, le contesté, pues caminan mas ligeros que un ciervo, y por lo que pueda suceder voy ahora mismo á recoger algunas yeguas y caballos que andan desperdigados.

—Yaya, Tadeo, me dijo mi hermano Juan, parecés un muchacho según el miedo que tienes.

—Deja, yo sé mi cuento; el caso es que yo quiero poner mis animales en lugar seguro, que en eso nada se pierde.

—Pero aun cuando sea cierto que los indios han entrado, es imposible que lleguen por acá, dijo mi comadre Jacinta.

—Siempre es buena la precaucion comadre.

—¡Pero qué, ahora mismo se vá V., comadre!

—No precisamente ahora; pero sí muy de madrugada.

Como el cabrito estaba ya bien asado, cada cual fué cortando su trozo y mientras platicaban unos, otros comían y otros. . . figúrese V. que Paula y José de Burgos no pensaban mas que en su casamiento. ¡Qué feliz era esa noche la familia!

—A propósito Sr. militar, prosiguió Tadeo levantándose del asiento, es menester que procuremos, comer pues son ya las dos de la tarde y que si se resuelve V. á pasar la noche aquí, demos algun alimento á sus pobres andantes, que se están ya comiendo las trancas del corral, á falta de maíz.

—Todo era desierto.

—Sí, desierto, desierto que solo los indios

transitan.

—Y dígame V. — ¡antes de emprender alguna campaña hacen los bárbaros algunos preparativos!

—Sí señor, celebran un consejo y cabalmente asistí al que tuvieron antes de venir á la frontera.

—Será muy curioso el ver una escena de estas.

III.

EPISODIO.

Luego que Tadeo García me dejó solo, me puse en pie y comencé á recorrer con la vista la habitación, que era una pieza pequeña con muebles todos de madera de Fresno pero aseados y puestos en orden. En un rincón estaba una excelente cama de caoba del norte y en ella recostado un muchacho de pelo rubio, tez rosada y que tendría como veinte años de edad.

Amigo, mio le dije, dispense V. que no le haya saludado; pero entré tan agobiado con el calor y el cansancio que no advertí estaba V. en esta casa.

—Cuando V. entró, dormía yo, me contesté, y aunque despues desperté no quise interrumpir la conversacion de D. Tadeo; por esta causa tampoco le habia yo saludado á V.

—Y V. es pariente de D. Tadeo!

—No señor, únicamente su amigo, y desde que me escapé del poder de los bárbaros, estoy viviendo con él.

—¿Cómo? . . . también V. se ha visto asaltado por esos enemigos!

—Sí señor; he estado cautivo tres años.

—Cautivo tres años! repetí yo abriendo tantos ojos. —Y dónde lo asaltaron á V.?

—En las cercanías de Laredo una tarde que campeaba en el monte.

—Y cómo es que no mataron á V.!

—Porque como era yo jóven, y á ellos les agrada mucho mezclar la raza, prefirieron llevarme cautivo y me asignaron cuatro indias.

—¡Bonitas! le interrumpí yo maquinalmente.

—Feas, y llenas de grasa y de sebo. —¡Oh! tormentos crueles pasaría V.!

—Figúrese V. nada mas. . .

—Pero qué género de vida tenia V. con ellos?

—Vagar continuamente de un punto á otro, cazar, hacer guerra á los *tincabues* y *lipanes* y robar caballada en esta frontera y la de Durango.

—Y las tierras por donde V. transitaba. . . —Eran las mas veces hermosas, llenas de árboles, de flores, de ojos de agua, ó bien llanos inmensos que formaban horizonte lo mismo que el mar.

—Todo era desierto.

—Sí, desierto, desierto que solo los indios transitan.

—Y dígame V. — ¡antes de emprender alguna campaña hacen los bárbaros algunos preparativos!

—Sí señor, celebran un consejo y cabalmente asistí al que tuvieron antes de venir á la frontera.

—Será muy curioso el ver una escena de estas.

—Figúrese V., que el consejo se celebró en un bosque frondosísimo de nogales, robles y encinas que está situado en las cabeceras del río Rojo de Natchitoches. Debejo de un grupo de árboles habia como veinte capitanillos comanches sentados en rueda delante de una gran hoguera. En las cercanías habia tambien veinte tiendas de campaña formadas con pieles de búfalo y venado: delante de cada tienda una lumbre, y junto á la lumbre un guerrero con su rifle, su lanza y su arco. A lo lejos y esparcidas entre aquel espeso monte se veian chisporrotear multitud de lumbres, pertenecientes á las respectivas familias que danzaban y daban de tiempo en tiempo alaridos, semejantes á los de una manada de panteras.

Uno de los capitanillos sentados al derredor de la grande hoguera se levantó, llenó de tabaco una gran pipa de barro encarnado y así que cada uno de los de la rueda le dio el capitán Nakreptabay (1) y con una voz ronca y tétrica dijo:

—Los hermanos del comanche lloran cautivos entre los blancos como la tórtola fuera de su nido, porque los hermanos del comanche han perdido su nido.

—¿Es menester libertarlos, respondieron todos los miembros del consejo.

Los concurrentes que eran muchos y estaban pendientes de las palabras que pronunciaban los capitanillos, aplaudieron á esta determinacion con un alarido, blandiendo sus lanzas y puñales y disparando flechas al aire. El capitán Nakreptabay prosiguió:

—El comanche necesita caballos para la guerra, porque el guerrero que va á la lucha si no tiene caballo es tan inútil como un río sin agua, y como un árbol sin hojas.

—Pues vamos á quitarles los caballos á los blancos, ya que ellos nos han usurpado nuestras tierras.

Los concurrentes arrojaron otro alarido, blandieron sus armas blancas y dispararon sus flechas. El gefe continuó:

—Por cada cabellera que pierda el comanche, cuántas deben perder los blancos!

—Ciento, respondieron del consejo.

—Pues al capitán Nasoka (2) lo hirieron y mataron además cuatro guerreros cerca del Rio Grande.

—Cuatrocientas cabelleras debemos traer (3) á nuestra vuelta.

Un alarido general se escuchó por todo el bosque, y los indios comenzaron á agitarse y revolotear, y los indios comenzaron á agitarse y revolotear.

(1) Nakreptabay quiere decir en castellano Sabino. Los indios salvajes regularmente adoptan por nombre el de algun objeto de la naturaleza.

(2) Nasoka quiere decir en castellano membrillo.

(3) Es sabido que los bárbaros como señal de su triunfo acostumbraban arrancar el pellejo de la cabeza con todo y pelo.

verse, dejando ver con la luz temblorosa de las hogueras, sus rostros pintados de almagre y asarcon.

Nakeptabay alzó su pipa de barro encarnado, y aquella multitud frenética quedó en un profundo silencio.

—Hijos míos, dijo el capitán Nakeptabay, vamos á emprender una guerra á sangre y fuego; que ni un solo blanco escape de las flechas y lanzas de nuestros guerreros; mujeres, caballos, mulas, todo sea para abastecer á nuestra tribu, y para vengar la sangre de nuestros hermanos. El Capitán Grande (1) nos ayude. Los capitancillos se levantaron, y unas mujeres comenzaron á bailar al rededor de la lumbre, mientras las demas entonaban un canto de guerra tan triste, que nunca se me podrá olvidar.

—Ese decir, que vd. se acordará de los versos ó estrofas de esa canción guerrera!

—No son versos, son una especie de composición sentenciosa, como todo el idioma de los salvajes. Poco mas ó menos son en nuestro idioma de la manera siguiente:

Cuando hayan pasado cinco lunas, los comanches encenderán las hogueras.

Y bailarán al rededor del fuego que consuma á los cautivos.

Hartos de sangre y de venganza volverémos á ver nuestros árboles y nuestros ríos, y las flores del desierto.

Y enseñaremos á nuestros hijos las cabelleras de los blancos, como trofeos adquiridos por el valor de los hijos de las selvas.

El Capitán Grande nos ayude.

—Figúrese vd. que este canto estaba acompañado del son agudo de un pito de carrizo, y que las cantoras hacían trisques, y arrancaban y desordenaban sus cabellos.

—¿Y qué hacia vd. entre tanto?

—Estaba de centinela con mi rifle y mi arco delante de la tienda del capitán Nakeptabay, deseando que la tal campaña que decretaban en el consejo tuviera efecto, para escaparme del poder de esos diablos en la primera oportunidad, como lo hice luego que llegamos á la sierra de Monclova.

IV.

EL DIA DE LA BODA.

D. Tadeo entró cuando el cautivo acababa de pronunciar las palabras antecedentes, é inmediatamente dispuso que nos sirvieran de comer; nos sentamos al rededor de una mesa de madera de Fresno, y el honrado y franco huésped saboreando sus tortillas y asado prosiguió su narración.

(1) Llaman á Dios el Capitán Grande.

—Muy de madrugada se puso en movimiento toda la familia de mi hermano Juan para disponer el casamiento. Mi comadre se ocupaba en concluir los vestidos que debían estrenar sus hijas. Rita en preparar la comida, y Paula, como que era la novia, se puso delante de un pequeño espejo á engalanarse con todas las alhajas que le habia regalado la noche anterior su futuro esposo José de Burgos. Este y mi hermano Juan, ensillaron sus caballos y ganaron al monte á traer una vaca gorda, con el objeto de matarla y dar de comer á todo el pueblo de Tlaxcala.

A las siete de la mañana Rita subió á una troge, que se acordará vd. habia en el patio interior de la casa; y estaba el campo tan hermoso, el aire tan fresco y el cielo tan azul, que la muchacha lejos de bajar con sus mazorcas, se quedó observando una polvareda que se levantaba por un costado de la sierra. A poco momento la polvareda se aproximó y Rita descubrió un número de salvajes tan considerable que, sin ponderación, formaba horizonte. ¿Cree vd. que la muchacha se asustó? Pues no señor, sin perder el color, sin temblar, recogió sus mazorcas y bujó á decir á su mamá que los indios estaban á la vista.

Mi comadre, al escuchar esta noticia, se puso descolorida como una muerta, soltó la aguja de la mano, y quiso gritar; pero le fué imposible, pues tenia trabadas las quijadas. En cuanto á Paulita, dejó tambien caer el espejo que tenia delante, y corrió de un lado á otro del cuarto profiriendo exclamaciones dolorosas. Rita, sin hacer caso de estos lamentos, fué á la cocina, recogió una grande hacha destinada á partir leña, se proteyó de algunos viveres, y volviendo al cuarto donde estaba su madre y hermana, cerró las puertas, y comenzó á cubrir las con sacos de lana, colchones, huacales, y cuantos muebles encontró á propósito. Concluida esta operación, se sentó tranquilamente y dijo á mi comadre:—Nada tenemos que temer, madre mia, las puertas están perfectamente aseguradas. ¡Pobre niña! Era guapa y valiente como el soldado mas aguerrido de la frontera; pero era muy poca cosa para los salvajes el que unas puertas estuviesen cerradas.

—Muchacho, trae unas tortillas calientes para el señor, y echa mas agua en los vasos. Coman, señores, bien, porque ahora hasta la hora de la cena no volverémos á probar bocadío, á no ser que vd. acostumbre tomar café ó chocolate.

—Nada acostumbro comer despues de esta hora, D. Tadeo, y sobre todo, aunque quisiera no podría, pues bastante.

—Vaya, burla que quiere vd. hacer de la mesa de un pobre ranchero. Pues señor. —¿En qué quedamos?

—Cabal. Cerca de media hora estuvieron en silencio, y tan pensativas y asustadas, que solo se oía el latido de sus corazones; pero los salvajes no se hicieron aguardar, pues sin duda informados de que habia en el pueblo muchachas bonitas, destacaron una partida de cincuenta guerreros para que recogieran cuantas pudieran. Los malvados, como si hubieran adivinado que mis sobrinas eran las criaturas mas lindas de la tierra, rodearon la casa, comenzaron á tirar balazos á las puertas, y á gritar y charlar en su gergonza diabólica. —¡Dios mio, ten misericordia de nosotras! exclamaba mi infeliz comadre hincada de rodillas y con las manos enclavijadas. Paula, que tenia ante sus ojos la muerte en vez de la felicidad del matrimonio, tuvo un momento de locura en que se arrañó los cabellos, rompió los adornos que se habia puesto y desgarró sus vestidos; pero despues se arrojó llorando en brazos de mi comadre.

—Somos perdidas, madre mia.

—¡Hija mia, perdidas, no hay remedio; ¡Socorro! ¡Socorro!

Los balazos menudeaban en las puertas, y los salvajes arrojaban alaridos horribos.

—¡Dios mio! ¡Santísima Virgen, libéranos por los dolores que padeciste al pié de la Cruz! Los balazos seguían.

—¡Madre mia, madre mia, exclamaba Paula retorciendo sus brazos y su blanco cuello, esto es horrible; máteme vd. antes de que entren los salvajes!

—¡Señor Crucificado, socorro, socorro! gritaba mi comadre intentando maquinalemente ocultarse en los rincones y debajo de los muebles. Los bárbaros formaban una algazara infernal, y las puertas estaban hechas un arnero.

—¿Y Rita qué hacia?

—Rita estaba con su formidable hacha en la mano, observando las dos puertas, y con tanta serenidad como si estuviera disponiendo la comida de boda para su hermana.

Hubo como diez minutos de silencio.

—¡Gracias, Dios mio, gracias, exclamó la mamá llorando, los salvajes se han ido sin duda.

—Si se han ido, interrumpió Paula, quizá nos salvarémos.

—¡Oh! no, ahí están todavía, y ya entran, ya entran! gritó la madre aterrorizada, y cayó sin sentido en el suelo.

En efecto, un alarido mas fuerte se escuchó, y al mismo tiempo un golpe dado á la puerta con una enorme viga, la hizo sucumbir. Los salvajes se precipitaron adentro; pero los sacos de lana y trastes que habia colocados en forma de muralla, no permitió el que pasaran muchos á la vez.

Rita estaba detras de un saco de lana con su hacha levantada.

Un salvaje alto, robusto y fornido como un leon, entró apartando los obstáculos que le impedían el paso; pero apenas habia pasado el umbral de la puerta, cuando Rita le dejó caer el hacha en la cabeza. Un momento permaneció inmóvil; despues le salió un muald de sangre por los ojos, boca y narices, y cayó como una gruesa encaja derribada por el leñador.

El segundo indio que entró cayó tambien al filo del hacha de Rita.

El tercero fue mas feliz, pues Rita dió el golpe en vago, y entónces el salvaje se abalanzó á ella, y oprimiéndola con sus robustos brazos la sacó fuera del aposento. Otro indio se encargó de cargar con Paula, y de dar á mi pobre comadre una lanzada.

Al retirarse ya con su presa, cercaron la casa de rastrojo y le prendieron fuego. A poco momento una llama inmensa se levantó hasta las nubes, silbando como una serpiente, despues se deslizó por el corral, y entró devoradora; ardiente, terrible, por la puerta que los bárbaros habian roto. Jacinta, que solo estaba herida levemente en la espalda, se levantó y quiso salir; pero los sneos de lana y los muebles estaban ya encendidos. Las vigas crucigieron: una columna de humo negro brotó por el techo, y la infeliz mujer, con la ropa ardiendo, los cabellos herizados y los ojos desearriados, los cabellos herizados y los ojos desearriados, el último esfuerzo para libertarse de las llamas, y apareció entre el incendio gritando:—¡Hijas mías! ¡hijas mías, salven á su madre! y cayó sofocada y sin aliento, retorciéndose en medio de un monton de brasas encendidas!

Mientras pasaba esto en la casa de mi hermano Juan, otras escenas mas atroces se repetían en el Pueblito. Los indios que en grupos se habian esparcido por las calles se introdujeron en las casas rompiendo las puertas, y derribando con la hacha y el puñal, niños, ancianos, animales y cuanto estorbaba su paso. Á las muchachas las enviaban á su campo despues de haber saciado de una manera bárbara sus apetitos brutales, y los muebles y objetos que no robaran los destrozaban con una saña inaudita. Era una manada de tigres hambrientos que sonreían y se gozaban al empapar en sangre sus deformes rostros y sus nervudos brazos. Era un espectáculo lastimero ver en las calles los heridos revolotándose en la sangre, los niños moribundos llorando, las mugeres hermosas y blancas, casi desnudas, retorciéndose y procurando unas evitar los ultrajes de los bárbaros, y otras dejándose conducir, anonadadas, humildes y resignadas como los corderos que llevan al matadero. Entre tanto los bárbaros arrojaban alaridos, iban, venían, corrían y bailaban entonando canciones feroces y riéndose al ver la sangre que empapaba sus vestiduras de gamuza. Las gentes que

podieron escaparse se reunieron en la iglesia y el cura así que ya no hubo más infelices á quien abrigar bajo el techo sagrado, cerró las puertas colocó algunos hombres armados en la azotea para hacer cuanta resistencia fuese posible y eshortó á todos á que hicieran contrición de sus pecados y se resignaran á morir como buenos cristianos. Los salvajes por una casualidad ó tal vez por un temor religioso no atacaron la iglesia sino que cargados de despojos y cautivas se retiraron á su campo, situado en toda la falda del cerro que tenemos á la espalda. Entre tanto mi hermano y José de Burgos que como dije á V. fueron á buscar su ganado por rumbo opuesto al camino que habían recorrido los indios, estaban muy distantes de creer en los desastres que habían ocurrido; pero al regresar, los alaridos, la confusa vocería y agitación del Pueblito, las grandes polvaredas que se elevaban y mas que todo la vista de los salvajes, les inspiró vivas inquietudes sobre la suerte de su familia. Como hombres resueltos picaron, sus caballos, y dejando la res que conducían atada de un árbol se dirigieron á escapar á su casa, y hallaron que las llamas la habían consumido y solo quedaban los escombros y las brazas que aun despedían humo.

Sería imposible describir á V. la rabia que se apoderó de estos hombres, el caso es que sacaron la espada y desatinados, furiosos, y casi locos tiraban tajos y reveses al aire, hasta que un rancharo que iba de correo enviado por el cura y pasaba en fuerza de carrera les dijo: D. Juan la familia no ha perecido sino que está cautiva en el campo de los bárbaros.

—Vamos, José, á libertarlas ó perecer con ellas, dijo mi hermano.

Vamos, padre, vamos; y si han sido víctimas, los vengaremos, respondió José de Burgos.

Ambos partieron como un rayo al campo de los indios.

Los individuos que estaban en la torre les gritaban: «Conténganse, van á morir, ya que pereció su familia salvense Vdes. Por Dios no vayan. ¡Ohé, ohé! D. Juan por Cristo conténgase V.»

Si, ya iban á escuchar semejantes voces.—El uno era padre y el otro amante. Y por supuesto le interrumpí yo que no conseguirían mas que morir también.

—Los bárbaros, continuó D. Tadeo, convinieron en devolver á las muchachas en cambio de un par de caballos gordos y hermosos, así es que inmediatamente José de Burgos y mi hermano Juan se dirigieron al agostadero y al cabo de dos horas estaban de vuelta con un par de alazanes robustos y hermosos, pero de nada sirvió esto. Los salvajes después de apoderarse de los caballos asesinaron á mi hermano y José

de Burgos. Paula y Rita murieron también martirizadas por la brutalidad de estas fieras del desierto.

V.

LA CRUZ DEL MONTE.

Verdaderamente es una historia muy lúgubre la que me ha contado V. y me ha comprimido el corazón tanto mas cuanto que no puedo apartar de mi memoria á las niñas y á toda la virtuosa familia. Hace poco tiempo la vi tan alegre y tan feliz y ahora... nada existió, nada.

—Una cruz solamente, me contestó D. Tadeo y ya que la tarde está hermosa y que hemos salido á refrescarnos, venga V. y verá el lugar donde tan desgraciadamente murió mi familia. Llegamos á una llanura donde crecían unos cuantos palmeros y encinas. Al pie de uno de estos árboles estaba una cruz de madera clavada en un montón de piedras y en los brazos de la cruz grabados unos renglones que decían: —Un Padre Nuestro y una Ave Maria por las almas de los que fueron asesinados en este lugar por los bárbaros; mas adelante se leían los nombres D. Juan Garcia, D. José de Burgos.—Doña Rita y Doña Paula Garcia. En paz descansasen.

Imposible me sería dar cuenta al lector de las dolorosas sensaciones que oprimían mi alma al contemplar aquella cruz colocada al pie de la solitaria encina. Se presentó á mi imaginación la orgía infernal en que los salvajes pintados de azarcon, cubiertos de sangre y de fragmentos de carne humana, ballaban frenéticos al derredor de las hogueras, agitando sus adarga y penachos de pluma de águila, haciendo contorciones y visages diabólicos, lanzando alaridos lúgubres como los de los réprobs, y complaciéndose en los tormentos y agonías de los prisioneros.

Habia en este festin satánico un padre de caballo y barba blancas, que atado en un árbol y vertiendo sangre de sus heridas, miraba profanar y magullar las blancas y virginales formas de sus hijas. Había un amante de veinte años, que atado, traspasado con innumerables flechas, veía á su querida casta y pura como los ángeles hecha presa del amor salvaje, ultrajada con brutales caricias. — ¡Oh! Había también dos muchachas, lindas como las virgenes de Rafael, que veían á su padre atado á un árbol, con su respetable cabello teñido de la sangre que destilaba de sus heridas, con un semblante en que se pintaban las agonías de su alma. ...

Los salvajes aproximaban los tisonos ardiendo á los prisioneros.

Las hijas se retorcian, clamaban á Dios, llora-

ban, golpeaban sus frentes ruborosas contra las piedras. ...

Los salvajes reían y atizaban las hogueras. ... Los infelices bramaban y crugían los dientes. Los salvajes reían, reían. ¡Infernal, horrible escena!—

Mayo de 1843.

M. PATNO.



A MI AMIGO DON MANUEL MONTEVERDE.

A DIOS.

¡Inmensos Dios! desde la tierra inmunda
Levanto á tí mi voz para ensalzarte;
A tí el fuerte, el sublime,
Que desde ese tu cielo esplendoroso
A los orbes gobiernas y dominas,
Creador, infinito y poderoso.

Preste fuerza á mi canto
Tu nímen sacrosanto,
Y en concierto sublime
Convertido mi aliento
Llegue hasta tí, Señor, mi humilde acento.

Mas mi labio emudece;
¿Qué entendimiento tu grandeza alcanza?
¿Con cual voz prorumpir en tu alabanza?
Cantarte dignamente,
Fuera ser como tú, Omnipotente!

Salud, salud, espíritu de vida,
Señor inmaculado!
Con los ojos del alma te contemplo
En tu mansion radiante,
Sobre tu rico trono de diamante,
De mil soles fulgentes coronado,
Señalando con mano poderosa
De los astros las órbitas precisas,
Los límites del mar y de la tierra,
Tom. I.—XVIII

Del hombre los destinos,
Y cuanto el orbe y la creacion encierra.
Señor del universo que creaste,
La luz se haga dijiste, y quedó hecha:
El sol sin luz que en el cenit pusiste,
Con tus ardientes ojos lo encendiste;
Y queriendo siguiéranse las sombras,
El ángel de la noche
Emprendiendo su vuelo,
Sus alas vagarosas
Tan negras como horribles y espaciosas,
Estendió por el aire, ofuscó el cielo;
Y fueron las tinieblas!

Del hombre empero que engendrar pensaste
Conciendo el terror en noche tanta,
Luz á la luna diste
Y con pródigas manos desparciste
En el nocturno espacio, en un momento,
Refulgentes estrellas
Que son del firmamento
Antorchas eternas, puras, bellas.

¡Inmensos te concibo; mas mi mente
Tu inmensidad á comprender no alcanza,
Porque también se pierde, Ser increado,
Siempre humana y mezquina
De tu esencia divina,
En el sublime incomprendible caos.
Alumbra, alumbra, ¡oh Dios! mi inteligencia,
Porque quiero saber cómo tú eres;
Adivinar pretendo tus plácemes,
Tus goces inmortales,
Como de una mirada solamente
Ves moverse á los seres
Que pueblan este mundo,
Y el infierno profundo,
Y tu mansion de vida refulgente.

Mas perdona, señor, si pude osado
Olvidar en una hora de demencia
Que está el hombre vedado
Alcanzar tu divina omnipotencia.

Dime, ¡yes verdad que al estender tus brazos
Abrazas el espacio!
¿Que al rebramar la horrible tempestad
Es tu voz la que truena?
¿Que engendras con tu aliento
El huracán rayando,
Y que el signo que asombro al orbe inspira,
Es un anuncio de tu justa ira? ...
Señor! porque yo he visto
Tu carro revolverse por el viento,
Y á su rodar violento
Fulminar mil centellas;
Y como el hombre entoncez sus querellas
A tí levanta y llora,
Y tu piedad implora

Sus tímidos lamentos escuchando
De paz el iris bello
Matizado de fulgidos colores
En la atmósfera negra vas trazando.

¡Cuán gratas para el hombre
Tu índole mansa y tu bondad suprema!
Si al tomar tu anatema
De destrucción horrible
Pronuncia humilde tu ensalzado nombre
Con fe y con esperanza,
Tus enojos desarma y tu venganza.
Con tus dones le colmas
Siempre pródigo, siempre á manos llenas,
Al que ardiente te adora.
Lo mismo que al blasfemo, ó al que necio
En su furor, ó en su ignorancia ciega
De tu fe sacrosanta infiel reniega;
No porque seas injusto,
Sino porque eres fuerte, ¡Dios temido!
Y al contemplarle débil,
De pasiones contrarias combatido,
Su desgracia en odiarte
En vez de cruda ira,
Compasión y piedad no mas te inspira.

Compasión y piedad de los que sufren
Cual yo pesares de la vida larga;
Compasión y piedad ten, ¡oh Dios mío!
De aquel que llora en soledad amarga.

Yo que solo en vigilia
En esta noche en que el dolor me agobia,
A ti rendido mi oracion levanto,
Por mi madre te pido,
Por mi madre virtuosa y desgraciada:
Y cuando rasgues con tu mano fuerte
Las nieblas densas de la noche umbría,
Al ver la luz, al saludar el día,
Fervientes himnos en tu honor levanten,
Puros cual tus placeres,
De gratitud y amor todos los séres.

Naturaleza!!! Canta al Ser Supremo:
Su voz atronadora
Levantan tus volcanes hasta el cielo,
Tus rápidos torrentes
Y tus mares potentes.

Y tú, Ser Infinito, á quien humilde
Me prosterno amoroso,
Como la emanación de mi amor santo,
Benigna acoge de mi lira tonca,
El rudo acento y religioso canto:
Nunca digno de tí, de tu alto nombre,
Que tú eres el Criador, yo solo el hombre.

FELIX MARIA ESCALANTE.

(Escrito para el Museo Mexicano.)

COMERCIO DE SANGUIJUELAS.

El comercio de sanguijuelas importa en Francia anualmente muchos millones de francos. Hace diez años que el comercio extranjero le surtía solo 3,400. En 1830 le suministró mas de 35 millones, á lo que añadidos otros 20 millones de sanguijuelas indígenas, resulta un total de mas de 55 millones de sanguijuelas para el consumo anual de aquel reino; y calculado lo que cuesta cada sanguijuela al consumidor, que viene á ser unos 10 céntimos, se infiere que en cada año se gastan mas de 5,500,000 francos.

LOS NADADORES SALVAGES.

No hay cosa comparable á la ligereza con que nadan los habitantes de la Florida; las mugeres, dice Charlevoix, pasan á nado los grandes rios, llevando sobre un brazo á sus hijos. Los Guaranis son todavía mas diestros, y en tanto grado, que los misioneros piensan que nadan naturalmente y sin haberlo aprendido, como ciertos animales; Azaro, testigo de la facilidad con que aquellos naturales se mantienen sobre el agua, no ha encontrado otro medio de explicarla, sino suponiendo que en igualdad de volumen, sus cuerpos son mas ligeros que los de los europeos.

LECHE DE BURRA.

El uso de la leche de burra en el día tan generalmente introducido y recomendado por los médicos á los enfermos de consunción ó afectados del pecho, le introdujo en Francia un judío. Hallábase Francisco I muy débil y desazonado, pues sus fatigas guerreras y sus escesos le habian reducido á tal estado de languidez, que se agravaba cada día, sin que los remedios le aliviasen. Se le habló de un judío de Constantinopla que tenia opinion de curar las enfermedades de esta especie. Francisco I mandó á su embajador en Turquía para que le enviase á Paris al doctor israelita, costase lo que costase. Llegó el médico judío, y nada recetó sino *leche de burra*. Probó muy bien al monarca aquel sencillo remedio, y todos los cortesanos de ambos sexos se apresuraron á seguir el mismo régimen.

PARA IMPEDIR QUE LAS HORMIGAS SUBAN A LOS ARBOLES.

Se toma una cantidad de aceite del mas comun, en el cual se deslie carbon muy bien pulverizado, y casi impalpable. Se forma de ambas cosas una especie de pasta, con la que se hace un círculo al rededor de la corteza del tronco del árbol á unas cuantas pulgadas del suelo; se polvorea luego este círculo blando con polvos secos de lo mismo, y ninguna hormiga pasará de este límite.



HISTORIA NATURAL.

MAMMALIA.—ORDEN DE CARNIVOROS.

EL RATEL.

(RATELUS MELIVORUS.)

La detencion del Ratel es tan contradictoria á los singulares hábitos que le atribuye Sparman y otros viageros posteriores á él al cabo de Buena-Esperanza, que estamos obligados á dudar de la perfecta seguridad de las relaciones comunes ó vulgares sobre que puedan haberse fundado sus descripciones, ó á lo menos á admitir que se debe reflexionar mucho antes de considerar como segura y completa su historia. En verdad, se requiere la mas positiva evidencia para convencernos que un animal cuya disposicion y número de dientes corresponde mas exactamente á los del gato que á los de ningun otro cuadrúpedo de que tenemos noticia, y que presenta apenas un carácter carnívoro, si se quiere, inferior á aquel que está reconocido por los mismos órganos en la hiena, pueda subsistir enteramente, como se deja entender por dichas descripciones, de la pequeña rapina de una colmena, ó del escaso producto de sus prados. Aun cuando en ellos existiesen tales señales decisivas de diminuta capacidad para hacer presa en animales que les sirviesen de alimento, en el grueso y abrigo de su cuerpo, en la cortedad de sus miembros, en su manera de marchar, en la estructura de sus garras, en la prolongacion de su hocico, y aun en la forma misma de sus dientes, para inducirnos á detenernos antes de decidirmos á rechazar el testimonio popular es falta de crédito, lo consideramos como dudoso en algunos puntos particulares, insuficientes é imperfectos en el todo.

Los dientes de este curioso animal, segun las descripciones y figuras del Sr. F. Cuvier, confirmadas por otras observaciones verificadas en dos ejemplares conservados en el museo de la sociedad de Londres, y tanto como es posible en el animal vivo, consiste en seis incisivos, comunes á casi todos los cuadrúpedos carnívoros, dos caninos, y ocho molares en cada mandíbula. Los incisivos se distinguen poco de los de los grupos inmediatos. Los caninos son notablemente gruesos y fuertes, especialmente en la mandíbula inferior, y son algun tanto triangulares en su conformacion general. En la mandíbula superior, las molares están compuestas de dos falsas molares, con extremos cóncavos y puntiaguados, uno lacerador y uno tubercular, colocados exactamente del mismo modo que en el gato. Sin embargo, el lacerador presenta mucha mayor estension de superficie que en estos animales, y el diente tubercular colocado entre su ángulo posterior, se estiende en una corona de un tamaño considerable. En la mandíbula inferior hay tres falsos molares anteriores al fuerte y largo lacerador, y ningun diente tubercular detras de él. Estos caracteres son tan peculiares, que no es posible por mas tiempo, por miramiento á las descripciones, confundir el animal á que aquellos pertenecen, ni aun con los gatos de Algalia, con los que fué asociado por Sparman, y despues de él por la generalidad de los escritores de zoología, ó con los glotonos en cuya especie ha

propuesto colocarlo el Barón Cuvier. Sería acaso necesario formar el tipo de un nuevo género, que podría ser caracterizado por su cuerpo deprímido, grueso y pesado; sus cortas y fuertes piernas con cinco dedos en cada pié, cada dedo armado con una uña ligera y retráctil, hendidas en la superficie interior; y con esta hendidura mayor en las manos que en los pies; su falta total de orejas exteriores, estando supliditas por un bordo delgado y elevado que circunda el órgano auditivo de tamaño moderado; la prolongación de hocico, que termina en un suave y desnudo morro ó geta; y la aspereza de su lengua, que se parece á la del gato en el corte, elevación y dirección posterior de su papilla córnea ó callosa.

El tamaño del Ratel es casi igual al del tejón, con el que tiene una remota semejanza en la forma. El todo de la superficie superior de su cuerpo, que es singularmente larga y achatada, comprendiendo el extremo de su cabeza y nariz, es de un triste cenizo gris, blanquizco hacia la cabeza, y contrastando fuertemente con las partes bajas, incluyendo también la geta ó morro, el contorno de los ojos y de las orejas, los miembros y el resto de la cola, que son perfectamente negros. La única diferencia visible que ha sido posible distinguir entre los animales asiáticos y africanos, consiste en que los últimos poseen una raya ó línea de gris claro, de cerca de una pulgada de ancho, que pasa detrás de las orejas prolongada de cada lado, y formando el límite de los dos colores, que falta enteramente en la especie que describimos, y en la figura de la variedad indiana dada por el general Hardwicke.

El pelo que cubre todo el cuerpo, aunque pasablemente liso ó suave, es notablemente raído y delgado; y la piel de debajo es excesivamente dura y tan elástica, que la relación de Sparman debería ser considerada como una exageración, cuando asegura, "que si alguno quisiere cazarlo ó cogerlo por la parte posterior del pescuezo, es capaz de dar la vuelta dentro de su pellejo y morder el brazo de la persona que lo cogiese."

Las uñas en las manos ó piés delanteros son extremadamente largas, y aunque no muy curvas, de considerable poder, siendo especialmente formadas para escarbar la tierra; operación que todas las relaciones de las costumbres de este animal, convienen en que la hace con la mayor habilidad. De estas uñas, las tres de enmedio son mucho más largas que las laterales, y la interior está colocada casi detrás de las otras. En las patas, las uñas son también cinco, casi del mismo largo; pero son mucho más cortas y proporcionalmente menos fuertes que las de las manos. El largo total del animal es de

cerca de tres piés, de los que la cola forma un poco más de la sexta parte. Su tamaño no debe exceder de 10 ó 12 pulgadas, y sus uñas delanteras, cuando no están gastadas con el continuo uso, son de cerca de pulgada y media.

Con respecto á las costumbres de estos animales, daríamos primeramente un extracto de la versión hecha por Sparman de las relaciones de los hotentotes y de los colonos holandeses, que han sido adoptadas por los subsecuentes escritores. Las abejas, conforme á nuestro autor, proveen al Ratel de su principal, si no del único medio de subsistencia. Estos insectos están acostumbrados á hacer su habitación en los agujeros formados en la tierra por varios cuadrípedos y el Ratel está dotado de una sagacidad peculiar para descubrir sus nidos, que rompe con sus poderosas uñas á fin de sacar la miel contenida en ellos. Sabiendo que al ponerse el sol es la hora en que las abejas vuelven á sus colmenas, olige este tiempo para hacer sus observaciones, que dirigen de un modo curioso. Sentado sobre sus ojos los rayos del sol al ponerse, espía cautelosamente el otro lado que evite el que hieran sus ojos los rayos del sol al ponerse, espía cautelosamente el otro lado de esta especie de quitasol, hasta que percibe algún número de abejas volando en la misma dirección. Ellas son cuidadosamente marcadas y seguidas en su vuelo, hasta que se han alojado salvos de todo peligro en sus nidos: entonces es cuando el animal comienza el pillage de ellas. Pero si acontece, contra la usual costumbre de la abeja, que han construido sus nidos en el hueco de un árbol, el Ratel, siendo incapaz de trepar, é incómodo de ver burladas sus esperanzas, desahoga su venganza contra el insensatez, golpeando en derredor de él; y los hotentotes conocen perfectamente que tales señales en el tronco de un árbol, son indicaciones ciertas de que en él hay nidos de abejas.

Se añade que el Ratel, así como los habitantes nativos de las inmediaciones del Cabo, son guiados algunas veces en su solicitud de la miel por un pájaro pequeño, el Cuelcus Indicator, ó Cukoo-miel, que parece está dotado de la sagacidad de conocer que los hombres y las bestias son apasionados de este seductor despoja. Esta pequeña criatura, aunque incapaz de destruir una colmena por sí misma, aprovecha la ventaja de la propensión que existe en otros más capaces de hacerlo, é invita al hotentote ó al Ratel á seguirlo, por un signo peculiar que ambos entienden. Habiendo de este modo llamado su atención, vuela poco á poco delante de ellos, haciendo alto á veces para que puedan seguirlo; y tomando entonces otro vuelo, sigue atrayéndolos con un canto de aviso, hasta que llega al lugar en que el apetecido tesoro está

depositado. Allí repentinamente deja de ser oído; pero permanece quieto, colgado de un árbol vecino, esperando una parte del robo, que recibe comúnmente en premio de su interesante servicio.

En semejante empresa, contra un enjambre irritado, la dureza y aspereza de la piel del Ratel será la mejor defensa; y se dice también que es tan difícil penetrarla, que una banda de perros que sería suficiente á vencer un león de moderada estatura, han fallado algunas veces en su ataque contra este animal, comparativamente tan insignificante. Es tal la tenacidad de su vida, que Mr. Barrow dice, "que es una especie de diversión para los labradores clavarle cuchillos en diferentes partes de su cuerpo, sin ser capaces por mucho tiempo de privarlo de la existencia." Sin embargo, el mayor Denham fué informado por los nativos de la Africa Central, en donde igualmente se halla este animal, que una pequeña herida en la nariz es suficiente para destruirlo casi instantáneamente; lo que es probable, considerando lo delgado del cráneo unido al hueso nasal. En las mismas regiones, este animal ha obtenido fama de mucha ferocidad, según se dice, en ciertas estaciones, hasta aventurarse solo á atacar á un hombre.

Diferente de la relación de Sparman, es la dada por el general Hardwicke, cuyo testimonio es de tal modo confirmado por la estructura del animal, que su autenticidad puede considerarse fuera de duda. El general asegura que se encuentra en muchas partes de la India, en los altos llanos que bordean el Ganges y el Jumna, de los que sale raramente de día; pero ronda de noche en derredor de las habitaciones de los naturales de Mahomedan, arañando los cuerpos de los muertos recientemente sepultados, á menos que los sepulcros estén protegidos por escalas colocadas á este propósito. El animal escarba con tal celeridad, que puede llegar á trabajar bajo cubierta en el espacio de diez minutos. Los habitantes los cazan algunas veces tomándolos vivos en sus trampas; los grandes sin embargo se aseguran con dificultad, y pocos viven largo tiempo en cautiverio. Los cachorros por el contrario, son muy manejables, dóciles y juguetones. Su alimento general es la carne en cualesquiera estado; pero pájaros y ratones vivos parece que les gustan de preferencia. Ellos son apasionados por trepar; pero lo hacen de una manera torpe; sin embargo, correrán seguramente á lo largo de una rama de un árbol, con tal que sea bastante fuerte para sufrir su peso. Duermen mucho durante el día; pero velan en la noche, y manifiestan su disgusto por un ronquido ó silbido que procede de su garganta.

(Traducción para el Museo del Almacén de Familias de Nueva-York.)

EL BUQUE CHINO.

TRADICION POPULAR.

Más vale maña que fuerza.

NINGUNO de los soberanos de Inda y Sinda ha llegado á ser tan poderoso como el rajá Suran. Recién le tributo todos los rayas de Oriente y Occidente, menos el de los chinos. Enojado de esto, levantó ejércitos numerosísimos para conquistar la China; entró en ella con aire vencedor, mató por su propia mano á varios sultanes, y se casó con sus hijas, caminando así rápidamente al fin de su ambición.

Cuando se supo en la China que el rajá Suran estaba en marcha con su ejército, y que había ya entrado en el país de Tamsack, quedó consternado el rajá de la China, y juntó á sus capitanes y mandarines, les dijo: "El rajá Suran amenaza desolar mi imperio; ¿qué me aconsejáis para oponerme á sus designios?" Entonces se acercó un sabio mandarin, y le contestó: "Dueño del orbe, tu es esclavo sabe un medio oportuno para el caso."—Usa, pues, de él," respondió el rajá de la China. El mandarin dió sus órdenes para que se equipase un navio, en el que se cargase una buena cantidad de agujas finas pero muy roñadas, y se plantasen árboles de Cahamuch y de Birada. No tomó á bordo sino viejos desdentados, y viró hacia Tamsack, á donde arribó en poco tiempo. Noticioso el rajá de Suran que acababa de llegar un buque de la China, envió mensajeros para saber de la tripulación á qué distancia estaba de aquel país, y los chinos le respondieron: "Cuando nos hicimos á la vela éramos todavía jóvenes, y apesadumbrados de caer en medio del mar del verdor de nuestros bosques, plantamos las pepitas de estos árboles. En el día somos ya viejos, se nos han caído ya los dientes, y aquellas pepitas prendieron y llegaron á ser los árboles que veis, y que han dado fruto mucho antes de nuestra llegada á este sitio." Enseñáronle despues algunas de sus agujas roñadas, y prosiguieron diciéndoles: "Estas barras de hierro tenían cuando salimos de la China el grueso de un brazo, y el orin las ha consumido casi enteramente. No sabemos á punto fijo el número de años que han transcurrido en nuestro viaje; pero podéis calcular lo por los datos que os referimos."

Los mensajeros refirieron al rajá Suran lo que habían oído. "Si la relación de los chinos es cierta, dijo entonces el conquistador, preciso es que su país esté á una distancia infinita, ¿cómo llegaremos á él? Lo más prudente será no pensar en tal expedición." Dicho esto, se puso al frente de su poderoso ejército, y dió la vuelta á sus estados. (Cop.)



EL SOL.

A MI PRIMO D. LUCIANO DE LA ROSA.*

CRANDO lanzado por la mano de Dios, al seno del abismo, pasabas rutilante por el cielo, suspendieron su vuelo los arcángeles, ledos te contemplaron los ángeles radiantes, y pulsando los querubines sus harpas armoniosas, entonaron á su Criador un himno de alabanza. De tus lumbrosas huellas que chispeaban se esparcían como polvo las estrellas; estampabas en el cóncavo cielo un rastro de luz, tan blanco como el alba, y esta luz centelleaba como un raudal de plata derretida.

Volarías aun, ¡oh sol! aligero y radiante en el oscuro abismo; pero, á la voz de Dios, suspendiste tu espléndida carrera, y quedaste, oscilando, como un péndulo de oro, en medio de los cielos. Atraídos por tu influencia los planetas sombríos, describieron al derredor de tí sus órbitas inmensas. Los cometas vagaban descarrilados; tú los viste surcar el éter ondulante, y los llamaste, y pidielos vinieron y trazaron al derredor de tí eclipses prolongadas.

Ángel de luz! El fuego de la vida rebosa de tus manos; tú derramas la claridad que todo lo embellece, y el vivífico ardor que todo lo fecunda. Cuando recorres el orbe con rapidez en un carro de fuego; cuando parado sobre una esfera de oro, estienes tus miradas por todo el

universo, la lira del arcángel resuena en tus oídos, percibes su armonía, y sometes á las leyes de esta armonía á todos los planetas. Haces que gire junto á tí esa estrella de Venus tan hermosa; mas lejos centellea Marte como una estrella de rubí, Júpiter como un globo de diamante, y Saturno ceñido de zafiros. Viertes tu luz sobre la tierra, y centellea como una esfera de esmeralda, sumergida en su atmósfera ondulante, como en una espuma de cristal, de luz y de oro.

En vano ha pretendido la ciencia que tú ¡oh sol! y los astros que te rodean, y los luceros que te cercan, estéis inmóviles como lámparas de oro que encendió Dios, bajo la bóveda del cielo. Los que solo buscamos en la naturaleza lo que es grandioso y bello, no vemos en tí sino un arcángel, un espíritu etéreo, alado, y refinado, bello como una idea, que Dios ha concebido, magnífico y fecundo como su ceseloso pensamiento.

Cuando pasas por el cenit, te dices al Océano: "levántate," y sus ondas se encrespan y se agitan, y rugiendo se elevan hacia tí, como montañas de cristal fundido. Pasas bajo la tierra y gritas al Océano: "¡héndete!," y se hunden, y se sumergen hasta el abismo sus ondas cristalianas. Encadenas al viento con tus manos, y la

* Esta producción era demasiado humilde para ofrecerse á un poderoso, demasiado incorrecta y defectuosa para dedicarse á un literato; solamente en la amistad hallaría aprecio; porque la amistad juzga con pasión, y encuentra gracias y bellezas donde la crítica no ve sino incorrecciones y defectos. Hallárase en este escrito ideas que he concebido, pensamientos que han brotado en mi alma en esa misma soledad en que tú has bías, en ese retiro, triste como mi corazón, silencioso como mi vida. En él no he logrado consolar á mis pesares sino estudiando á la naturaleza, y contemplando sus mas bellas escenas. Dedícate á este género de estudios y encontrarás en ellas reflexiones con que llenar las horas de ocio que en la soledad son siempre fastidiosas. He bosquejado con rasgos muy sombríos el mas grandioso objeto de la naturaleza, el mas espléndido; contemplando las escenas que tan ligeramente he diseñado, verás cuanto queda siempre que decir sobre los objetos que mas enardecen á la imaginación y que conmueven el corazón profundamente.—L. R.

faz de los mares se serena: derramas tu fulgor sobre los lagos y rielan como tejos de plata derretida. Desatas luego al viento y ruge como el león, y se levanta el huracán, y brama, y vuela, y todo lo devasta; su terrífica voz resuena en el abismo. Difundes tu calor sobre los mares, sobre los lagos y los rios, y se elevan sus cándidos vapores; se estienden por el cielo ligeros como espumas, y blancos como el ampo de la nieve. Recoges luego estos vapores, y formas de ellos nubes argentadas, celages que doraron tus destellos, cirros, que flotan como lampos de luz en el eter cerúleo de los cielos. Despues condensas estos vapores, y rocias con ellos el globo de la tierra, ó formas con las nubes la tempestad; haces que bata sobre la tierra sus sombrías alas, que truene y centellee, que derrame torrentes destructores, ó que se aplaque, y que esparza la lluvia como un rocío de perlas. Cuando la tempestad oye tu voz, recoge hácia el Oriente sus densas sombras, y tú apareces en el Ocaso, ardiente y magestuoso; tú coronas á la tormenta con tu diadema, y radia luego el Iris refulgente.

Cuando la nieve cae en las montañas de nuestro país, tu luz le da su nítida blancura, tu calor la derriete, y espontan su plumaje; Mirlos azules y Gorriones de plumas esmaltadas, magníficos Quetzales, vestidos de rubi, con sus hermosas colas de esmeralda. Todos cantan: ¡oh sol! cuando te miran, ó trinan, ó gorjean, ó silban, ó murmulan, ó modulan su voz con suaves tonos. Cuando asoma tu disco en el Oriente, te saluda el cenizante meliflúo como la flauta, sonoro como la harpa de los ángeles.

¡Qué bello eres, oh sol, cuando despiertas en el seno purísimo de la Alba! ¡Qué bello cuando la aurora se ruboriza al despertarte! ¡Qué bello cuando el día te trae sobre sus alas! Eres tambien hermoso cuando en tu carro de oro bajas al ocaso; cuando el crepúsculo te cubre su manto de escurita. Pero eres mas espléndido, cuando reverberas al medio día, cuando resplandeces como el querubín que sacude en el cielo su rubia cabellera.

¡Qué terrible serás, oh sol, cuando el Eesels tome con su mano tu esfera rutilante, arme su brazo con ella, como con un escudo ardiente, y recorriendo rápido los cielos, incendie con tus llamas á todo el universo. Enojado, soplará entonces sobre tí, extinguirá su soplo el fuego en que te abrasas, y bajarás ¡oh sol! pálido ya como un cadáver, sombrío como Satan cuando rodaba humeante en el abismo.

LUIS DE LA ROSA.

ENTRETENIMIENTO DE UN CONDENADO A MUERTE.

Un hombre, preso en una de las cárceles de Munich y condenado á muerte por un asesinato, discurrió un entretenimiento muy singular para distraerse de la desagradable situación en que se hallaba, formando con miga de pan y una especie de macarrones muy comunes en la Baviera, un horroroso retablo, en donde hacía él el principal papel. Representaba el momento en que el verdugo le había cortado la cabeza y se la enseñaba al público. Un fraile francisco oraba de rodillas sobre el cadáver, y al pie de él un invadido con una piqueta de palo, vendía á los circunstantes ejemplares del extracto de su causa. Es imposible familiarizarse mas un hombre con la idea de la suerte que le aguarda.

Tú dices de gran nuestros clavetes, de púrpura los lirios, de azul la pasionaria; tú das á las amarilts sus pétalos brillantes y rojos como el fuego, á la azucena su coróla mas blanca que la

AUTOS DE FE

CELEBRADOS POR LA INQUISICIÓN DE MEXICO.

(CONTINUACION.)

4. DOÑA BEATRIZ ENRIQUEZ, de edad de veinte y nueve años, natural y vecina desta ciudad, hija de Antonio Rodríguez Arias, y de doña Blanca Enriquez su muger, naturales de la villa de Sevilla, difuntos en esta ciudad, y *contra cuya memoria y fama se han leído y publicado éditos por haber sido famosos judíos Rabinos*, casada con Tomas Nuñez de Peralta, natural de la villa de Cohillan en Portugal, reconciliado por este santo oficio en el primer auto celebrado á los diez y seis de Abril de mil seiscientos y cuarenta y seis años, por judaizante, y por serlo, y tan redomado, y *haber inquietado las cárceles secretas*, fue así mesmo condenado en *doscientos azotes* y en Sambatino y cárcel perpetua, y á los veinte y uno de Marzo deste año de mil seiscientos y salidose desta ciudad sin licencia del Tribunal y sin Sambatino, é idose á diferentes partes la Tierra-adentro. Fue presa con secuestro de bienes por judía observante de la ley de Moises; á pocos dias despues de su prision pidió misericordia, y confesó haber judaizado desde edad de doce años, redújola al judaismo la *maldiva judía de su madre*, como á todas las demas sus hijas, nietas, y nietos, y personas de su parentela, y se esmeró en la enseñanza desta reu, y la hizo mas participante de sus secretos en el judaismo, estimándola y queriéndola mas, por verla á su modo y propósito para el fin que pretendia de sacarla insigne judía, y la instruyó en los preceptos y ceremonias judaicas (que con mayor razon se pueden llamar *invenciones, supersticiones, consejas, é ineptias de mugerçillas, y de hombres sin juicio ni entendimiento*) advirtiéndola que cuando moria alguna persona judaizante, el dia del entierro llevado el cuerpo de casa á la sepultura, se habia de comer por las personas que le tocaban en sangre ó parentesco un *huevo duro, frio, y sin sal* (llamado el *Acheluz*), en señal del dolor que tenían, y que quien los traía á la casa del difunto tenia gran mérito para con el Dios de Israel, y que luego que moria cualquier judío se habia de derramar el agua que habia en su casa porque su alma se iba á bañar y lavar de los

pecados en ella, y que los judíos entre sí se habian de casar debajo de su palabra en estas partes donde no tenían sacerdote de su ley, y despues por cumplir con los católicos hacer las diligencias que ordena la Iglesia, y cuando hubiese Rabino le habian de llamar para que sobre un vaso de vino hiciese sus bendiciones y les diese á beber á los desposados y padrinos, tirando á lo alto el vaso y quebrándolo, habiendo antes derramado el vino que sobrò por la sala, para que fuesen fecundos de hijos, y se les viniesen á casa las riquezas de los cristianos, y que no solamente no se habian de casar con los cristianos, pero ni aun tener acceso carnal, por ser el mayor pecado que se podia cometer entre los judíos, y el que no tenia perdón, y que en teniendo hijos era tambien riguroso precepto el enseñarles su ley, y á los hijos dellos si los alcanzaban, porque desta suerte se estenderia por el mundo, y no se condenarian, siendo cristianos; y que para evitar este inconveniente tenían permiso para amancebarse judías con judíos, y no era pecado entre ellos el estarlo con las de su ley; y que aunque blasfemaban de los santos del Testamento Nuevo, no se habia de hacer de los santos del Testamento Viejo (nombrándola los que eran venerados de los Católicos) porque habian guardado la ley de Moises, y no habian sido bautizados, y los defendiesen si en su presencia otros judíos diesen algo contra ellos; y poniendo estas y otras muchas ceremonias y ritos judaicos por obra, su madre siempre la tenía á su lado como á la mas confidente de sus hijos, como lo hizo las veces que amasaba el pan ceniciento sin levadura ni sal, y acompañándola en las noches del ayuno del dia grande, ó del perdon descalza, y pasando la noche con su madre en pié rezando oraciones judaicas por alcanzar el grande mérito que dicen los judíos se alcanza estando descalzas la noche y dia de este ayuno. Habiendo ayunado al senteno dia por una famosa judía juntamente con su madre la noche de aquel ayuno, la representó el demonio un sueño, y *fué que veía un arco como los que ponen los indios con juncia para sus fiestas, y de una y otra parte arriba del arco dos almohadas de estrado, y que la difunta subía por el arco y se*

sentaba en una de ellas, y que iba con un faldellín azul, y con una camisa labradas las faldas de azul. Y refiriéndole el sueño á su madre lo urvo por revelacion, y que necesitaba de interpretacion, porque de aquella manera habian amortajado á la difunta; y llevando con toda presteza á esta soñadora á casa de la difunta que habia sido reconciliada por este santo oficio, la contaron el sueño, y tratando y confiriendo como gente de la nacion hebrea tan liciada (en creer en sueños) lo que podria significar, resolvió la reconciliada, que pues habia visto dos almohadas, dentro de quince dias moriria el marido de la difunta que era finísimo judío, y *sucedió así*, muriendo en casa de Simon Vaz Sevilla, con que quedó acreditada esta reu de *santa judía*, y que tenia revelaciones del Altísimo. Habiéndose enfermado del mal del que murió, su madre la asistió, como la hija que era secretaria de sus mayores delitos, y llegándose la hora en que habia de partir á los *terribles tormentos*, la mandó sacase de un cofre la mortaja de ruan nuevo que habia años tenia cortada al modo de las albas que usan los sacerdotes de la iglesia católica, para que se la cosiese cierta judía con los pliegues necesarios, y que de un escriturillo sacase los dientes y muchas que se le habian caído y sacando mientras vivió, para que se los echasen en la sepultura, cuando la metiesen en ella, y que sacase hasta trescientos pesos, dejando á su entidad, como la que sabia su intencion, el repartirlos con sus vestidos y ropa blanca entre judaizantes para que ayunasen por su alma (como se hizo), dando por cada ayuno un peso de limosna, advirtiéndola que se ayunase en miercoles, porque con el ayuno del escapulario del Cármen, era mas fácil el disimularse entre los cristianos; no solo era tan famosa judía (como se ha visto y diré) sino *notada de hechicera*, y que daba y aconsejaba se diesen hechizos, y notablemente *agorera* y supersticiosa, porque se enojaba y enfurecia si veía poner la vela encendida, aunque fuese con candelero en el suelo, diciendo que no se habia de poner si en lugar alto, porque era mal agüero y profético de que se habia de morir ó habia muerto algun parente; y las mismas alaracas y sentimientos hacia si veía la cama descubierta, aunque fuese por muy breve rato, diciendo se echaban las almas de los difuntos en aquella casa en las camas calientes que se dejaban descubiertas. Y si veía las mugeres con los cabellos tendidos cuando se lavaban las cabezas, atribuia este descuido á presagio de que no habia de haber quien se casase ó enamorase de ellas, y era tan puntual en las ceremonias de su caduca ley, que tocaban las almas de los difuntos en aquella casa en la cama, cubierta la cabeza con tocas, se ponía á rezar oraciones judaicas, sin permitir que nadie la inquietase, sin almorzando chocolate, hasta ha-

ber acabado de rezar. Y guardaba inviolablemente los sábados sin trabajar en ellos, ni pagar cosa que debiese, pagando en los otros dias de la semana, ni comeria tocino, ni cosa guisada con manteca, sino con aceite, aunque la hiciesen pedazos, y mandaba á sus esclavas degollar con cuchillo bien afilado las gallinas, por debajo del pico, y que desechasen y desangrasen la carne, y en no lo haciendo las castigaba con rigor. Alababa y ensalzaba su muerta ley, prometiendo instantáneo fin á la religion cristiana, llamando y oprobando á los cristianos con infames nombres, y acudiendo á las iglesias por el mero cumplimiento con que acuden los de su proterva nacion: se tapaba los ojos, ó sacando de la manga el pañuelo, hacia que se los limpiaba por no ver alzar la hostia y cáliz, y al pasar por los altares con su madre les iban dando *higas debajo de los mantos* escupiendoles y moñando de los santos que en ellos habian. Muerto su padre Antonio Rodríguez Arias, *judío de marca mayor*, por mandado de su padre puso en el aposento en que su padre acabó sus miserables dias, una vela encendida, un jarro de agua, y un paño de manos, para que cuando viniese (como creen los judíos) su alma á aquel aposento, hallase el consuelo de luz, y se pudiese bañar y enjugar, y habiendo comido el azul del huevo sin sal por el dolor de la muerte de su padre, se entró en compañía de su hermana Doña Michela Enriquez y de otra judía famosa, en un aposento que estaba vacío, y se pasaron á toda prisa muchas veces por él, para dejar allí el azul para el primer católico ó católica que entrase en él, y le cayese encima la desdicha y mala ventura, para que aquella ceremonia creian estar libres. Queriéndola casar, hicieron junta su madre y las demas personas de su parentela, y entre diferentes judíos que la pedian á este título, escogieron á Tomas Nuñez de Peralta, desechando á otros, por no igualarse en la observancia de su ley. Y despues de casada, siendo preguntada su madre si era bueno, y como ellas Tomas Nuñez, respondió que sí, y de los muy agüeros, que sobre que habia de dar á la mayor judía de sus hijas y siete mil pesos á quien no fuese como ellas; que no era de las madres que casaban sus hijos sino con finísimos judíos, y sabiéndolo muy de cierto la noche en que fué enterada su *maldiva madre*, envió á llamar á cierta judía á fin de continuar en las ceremonias que le quedaban por hacer, y pusieron un jarro con agua y una toalla, y una vela encendida en el aposento donde dormian, y á media noche, cobrando algun miedo la judía, se levantó de donde estaba acostada con ocasion de haber oido ruido hacía donde estaba el jarro de agua, y halló á esta reu tan dormida que no la pudo socorrer, y llegada la mañana, medrosa y desfavorida la judía, le contó el suceso, y resol-

vieron que su madre debía de haber ido á su casa á buscar aquel jarro de agua y paño para bañarse y limpiar su alma, y no hallándole, había venido á buscarlo á donde ella le tenía puesto; y mandó derramar aquella agua, diciendo que con la que se bañaban los difuntos no se podía hacer cosa alguna; y yendole á dar el pésame de la muerte de su madre otra judía, la halló con la cara arañada, y preguntándola que era aquello, respondió que su madre la había venido á aporrear y arañar porque no había cumplido luego lo que la había encargado, y porque habiendo salido de casa de su madre no había podido hacer lo que tenía obligación, y que siendo así, que había llamado y pagado á la dicha judía con quien la pasó lo de poner el jarro de agua &c. para que asistiera á hacer lo que se acostumbra por los muertos de su ley en su lugar; con todo, la había venido á castigar su madre: habiéndose comenzado las primeras prisiones de esta complicidad, se halló á las juntas y conventículos que se hicieron en casa de Simon Vazé Sevilla, á tratar y conferir cómo desvanecieran lo que se obraba en el Santo Oficio, y diciendo cada uno de los judíos y judías que allí se hallaron su parecer, los suyos fueron que no se hiciesen mal ni quisiesen vengar enojos pasados, porque ella había de negar, y alzando el brazo repetía que *los tenía muy buenos para los tormentos*, y que se hiciesen ayunos, penitencias y rogativas, porque el Dios de Israel apartase de ellos aquella persecución y los librase, cerrando las bocas de los que estaban presos. Y por medio del negro Sebastián Domingo de Munguía se procuró comunicar y comunicó con su marido Tomas Nuñez de Peralta, y en ello accedió lo que se refiere en aquella causa. En las cárceles se comunicó de palabra y por golpes con otros presos (usando del nombre supuesto de la Rubia) principalmente con los de su parentela, y aunque cometió estos y otros muchos delitos, *fué buena confidente*. Fué admitida á reconciliación, y sentenciada á auto en forma de penitente, vela verde en las manos, *confiscación de bienes*, abjuración formal, sambenito, y *cárcel perpetua irremisible*, y en *destierro perpetuo preciso* de todas estas Indias Occidentales, ciudad de Sevilla, y villa de Madrid, corte de su Magestad, en la forma contenida en la primera sentencia de Doña Ana Juárez.

5. DOÑA ANA BLANCA JUAREZ, de edad de 22 años, natural y vecina de esta ciudad, hija de los dichos Gaspar Juárez y Doña Rafaela Enriquez, casada con Jorge Jacinto Bacan ó Baca, natural de la ciudad de Méjaga en los reinos de Castilla, reconciliado en este auto por judaizar. Fué presa con *secuestro de bienes* por judía observante de la ley de Moisen. Siendo de diez años y reconociendo en ella Doña Blanca En-

riquez su abuela, señales de lo que había de ser si fuese reducida al judaismo, se valió, con parecer de la dicha su madre Doña Rafaela Enriquez, de cierto judío que había venido de España, *gran dogmatizador*, que con suma facilidad la hizo judaizar; y salió tan bien enseñada, y se le estampó tan eficazmente en el corazón el judaismo, que así sola como acompañada hizo tanto número de ayunos particulares del perdon, reina Esther, *bordon del alma*, y de la Pascua del Cordero, ó pan cenceño, que parece increíble con el dicho judío, con su madre, abuela, hermana Doña Ana Juárez, con sus primos, primas, tías y demás judaizantes de su parentela, y otros que no eran de ella, entre los cuales, y casi todos los que vivían en esta ciudad y fuera de ella, era tenida por *judía penitente y santa*. Y en los del perdon, ó del día grande iba á casa de su abuela á que la bendijese al modo judaico, con las demás sus nietas, nietos é hijas, diciéndoles puestas las manos sobre la cabeza á cada una de por sí que estaban de rodillas, la bendición de Abraham, Isaac y Jacob, nuestros padres, os alcancen; y á ver encender las velas de cera que en nombre de cada una de ellas se encendían por su abuela, llevando ellas las suyas, y *comía con peregril y lechugas amargas del pan cenceño que amasaba su abuela*, y repartía por la semana santa por mano de uno de sus nietos en forma de tortitas entre los de su parentela, en memoria de la libertad que alcanzaron los hijos de Israel del poder de Faraon y de los egipcios, y se ocupaba en rezar muy de ordinario oraciones judaicas; y viéndola su abuela, madre, tías, y demás parentela tan gran judía, y que las escedía en la guarda de la ley de Moisen, *decían que de ella había de nacer el Mesías*, y en carnes, con un vellido de plata que parecía túnica: la sentaban en medio de todas, y puestas al rededor en oracion, pedían al Dios de Israel que enviase á su Mesías prometido, y *naciese de esta judihuela*; y acabada esta oracion, la famosa judía de su abuela fingía que ya se lo había revelado un ángel, y que así lo visen por cierto é infalible. Y en habiendo de gracias de esta revelación, y de que había de nacer de ella el Mesías, hicieron en solenne fiesta Doña Rafaela Enriquez una semana de ayuno, bañándose todas; y á ésta, como á madre que había de ser del esperado y nunca recibido Mesías para ellas, la *desnudaron y pusieron muy limpia y aseada*, y la *vistieron una vestimenta blanca*, y la *sentaron en medio del estrado muy aderezada*, é hicieron su fiesta y merienda de pescado y de regalados dulces, y estuvieron hasta mas de las diez de la noche en esto. Todo su entretenimiento y gusto era tratar de la ley de Moisen, de sus ayunos, ritos y ceremonias, con las personas que conocía obser-

vantes de ella. De suerte, que les causaba admiración el ver en tan pocos años tan vehemente inclinación al judaismo, y á sus preceptos y observancias. Habiéndola tratado de casar con Jorge Jacinto, judío circunciso, procuró saber por modo superscioso si la vendría casarse con él, y así un jueves ó sábado que había ayunado en la noche, *se puso en la ventana para oír el primer nombre que se dijese en la calle*; y habiendo oído el de Jacinto, entendió infaliblemente que era revelación del gran Dios de Israel, que gustaba se casase con él, como se casó; despues de presa llegó á estar muy al cabo de enfermedad grave, y por parecer que había confesado verdad, *con la caridad que acostumbra el Santo Oficio*, siendo amonestada del peligro de su vida y del de la condenación de su alma si moría sin declarar todos sus delitos y de sus cómplices, dijo no saber mas de lo que tenía confesado; con que se le administraron todos los Sacramentos en la forma que se observa en la Inquisición, y fué absuelta de las censuras y reconciliada con la Iglesia; y habiendo sanado, se averiguaron los muchos delitos que había ocultado, propios y ajenos, y se echó de ver la obstinación de esta sierrelga judía, que en tan mala conciencia se atrevió á recibir los Santos Sacramentos, sin moverla á que se redujese á la santa fe católica, ni el peligro de la muerte que tan presentidamente veía, ni la eterna condenación de su infeliz alma, porque con sumo atrevimiento y contravieniendo á lo que se le mandó, luego que entró presa se comunicó con las personas presas que pudo, por golpes de palabra, tratando de sus causas y que no dijese contra ella, asegurándoles de lo que había callado y sabia de ellos, usando con los demás de nombres supuestos para no ser conocida de los que le ignoraban, llamándose *Palma chica*, alborotando las cárceles y enviando y recibiendo recaudos de las personas que deseaba saber si habían ó no confesado, usando de la lengua guineota angola para entender con las esclavas y esclavos que sirven en las cárceles secretas. Fué admitida á reconciliación, y sentenciada á auto en forma de penitente, vela verde en las manos, *confiscación de bienes*, abjuración formal, sambenito, y *cárcel perpetua irremisible*, en *destierro perpetuo preciso* de todas estas Indias Occidentales, ciudad de Sevilla y Villa de Madrid, corte de S. M., en la forma contenida en la primera sentencia de Doña Ana Juárez su hermana.

Recomendamos la lectura del elogio de Mr. de Cuvier que hoy publicamos. Contiene hermosas ideas sobre las obras de botánica del célebre escritor, sobre sus descubrimientos y trabajos científicos, y da una noticia sobre la *Flora Mexicana*, de cuyo autor, el Sr. Moctesuma, publicáremos una interesante biografía en esta Miscelánea.—L. E.



EL PAVO SILVESTRE.

En nuestro país conocemos á este animal con los nombres de pavo, huajolote y pípila. Los antiguos mexicanos no conocieron las gallinas; pero en el pavo ó huajolote tenían una ave tan útil, ó quizá mas que la gallina; y admira como no la redujeran á un verdadero estado de domesticidad, siendo así que era ave tan mansa y tan estúpida. Quizá la poca dificultad que tenían los antiguos mexicanos para cazar al pavo ó pípila hizo que no pensasen en sujetarla á la vida doméstica.

Considerado con respecto á sus formas y comparado con otras aves, el huajolote de una triste configuración, y apenas se podrá decir que es la sombra del pavo; pero una sombra muy confusamente bosquejada. No obstante, si alguna vez podemos olvidar lo que hay en la naturaleza de póstico y brillante, para buscar en sus producciones la verdadera utilidad, debemos confesar que la pípila es muy superior bajo este aspecto al pavo, enricado con sus plumas de tomaso, y con su cauda resplandeciente. El pavo será siempre un objeto de admiración y de entretenimiento para los poderosos; el huajolote humilde y feo, es un objeto de especulación para los pobres campesinos, un manjar delicioso para los hombres opulentos, y un regalo en la mesa de los que viven en la mediana, y no están sujetos á las terribles privaciones de la indigencia.

El pavo no se propaga en abundancia sujetándolo á la clausura del corral con la gallina; vive, y se cria, y se propaga en la libertad de una vida campesina, y no se conocerá en nuestro país la ventaja que resulta de que esta ave se halle todavía en estado silvestre, hasta que haya en nuestras haciendas de campo grandes parques, perfectamente cerrados, dentro de los que se crien venados y otros animales de caza, con los que habitaria la pípila á todo su placer, y estaria siempre al alcance del hombre el cazarla ó apañarla viva para que le sirviese de alimento. Mientras la economía rural llega á este punto de adelanto, vendria propagar el pavo en los campos de donde ya haya desaparecido, y que por solitarios sean á propósito para que en ellos se propague esta útil ave en la vida silvestre á que es tan inclinada. Muchos autores europeos han escrito la historia natural de este ave, y nosotros creemos haberle bñtos mas metafísicos, bastante honor con publicamos la historia natural de esta ave, en esta Miscelánea.—material que ocupamos.

LOS PAJAROS CARPINTEROS.

Las aves que conocemos en nuestro país con este nombre son hermosas por el color de su plumaje, y curiosas por su organización y género de vida. Su plumaje es comunmente de un pardo mas ó menos obscuro; pero no uniforme, sino salpicado de manchas negras atigradas, ó jaspado de un color leonado, circunstancia por la que se asemejan algo estos pájaros insectívoros á las aves carnívoras, cuyo plumaje es tambien comunmente atigrado. Aunque el pardo sea el color que predomina en los carpinteros, tienen algunas veces el buche de un amarillo pajizo, el cuello ó la cabeza rojos, color de fuego, ó las plumas de debajo de las alas, ó de la cola, de un color de rosa muy hermoso. Los carpinteros, cuyo diseño presuntamos, son los que tienen un plumaje menos brillante, abundan mucho en nuestro país, pero tambien se han hallado en él diez ó doce especies mas, de las que se conservan algunos individuos disecados en la colección de pájaros del Museo Nacional. Entre ellos el mas hermoso es el que tiene en aquella colección el nombre de *Picus Lineus*, muy parecido por su configuración y sus colores al hermoso carpintero de Filipinas, cuyo diseño iluminado tenemos á la vista.

En nuestro país se ha dado á estos pájaros el nombre de carpinteros porque se ocupan la mayor parte del día en taladrar con el pico los troncos de los árboles para buscar en los huecos de ellos los insectos y larvas de que se alimentan. Su organización está perfectamente adecuada á este régimen de vida. Por lo cual tienen en los pies cuatro dedos, de los que dos son anteriores, y dos colocados en situación inversa, de manera que cerrándose unos y otros forman una especie de tenaza; introducen las uñas en las hendiduras que tiene la corteza de los árboles, y así se sostienen recorriendo los troncos en todas direcciones, sin dar pasos como el perico sino brincos ó saltos repetidos. Les sirve igualmente para este ejercicio la cola, cuyas plumas están encorvadas en su estremidad, y provistas de barbillas que introducen tambien en las hendiduras de la corteza de los troncos. Esta curvatura de las plumas de la cola, no la adquieren por resultado del ejercicio, sino que se observa en los

Castilla; y mientras que comienzan á volar, y en te. Fué presa con edad adulta. El pico del observante de la ley decerrado es una verdadera y reconociendo el do de la punta en que

termina, como por ser duro, y por decirlo así, acerado. Es infatigable esta ave en la tarea de taladrar los troncos ó brazos de los árboles: la hemos observado horas enteras ocupada en esta operación, pero sin permanecer inmóvil en un solo punto, sino recorriendo circularmente un tronco, y haciendo en él á cierta altura un círculo de agujerillos simétricamente colocados, y describiendo despues otros círculos paralelos por toda la longitud del tronco. Así hemos visto en una hueria mas de cuarenta árboles de nogal y de manzano taladrados todos en sus cortezas, por el pico del carpintero, y siempre hemos admirado la simetría con que había practicado sus taladros. Hemos notado tambien (y quizá en ello se dirige el carpintero por un instinto) que los agujeros que abre en los árboles se llenaban luego de goma; que á esta goma se pegan muchos mosquitos, y que la avicella venia luego á comérselos.

El ruido que hacen los carpinteros al taladrar los árboles, se percibe en los bosques con mucha claridad, y por este ruido se dirigen los cazadores, así como por el canto de aquellos pájaros, del que no se podría dar una idea, porque les es peculiar, y no se puede confundir con el de otras aves.

La lengua del carpintero es de una organización verdaderamente prodigiosa; es una obra *sui generis*, y se puede comparar á un dardo, que la ave puede prolongar ó recoger como le conviene; introduciéndola en las hoquedades de los árboles, prende con ella á los insectos que allí viven, la recoge luego, é introduce la presa dentro de sus fauces, y vuelve á repetir la operación aceleradamente. Ha sido tambien dotada esta ave de ciertas glándulas que destilan un humor abundante, con el que se humedece la lengua, y conserva la flexibilidad que es necesaria, para servir no solamente de un instrumento de aprehension, sino tambien como un verdadero órgano de tacto, pues para uno y otro objeto es adecuada. Los carpinteros son pájaros salvajes, medrosos, solitarios; ni se asocian entre sí, ni con otras aves; solamente andan apareados la hembra y macho, en la época de la reproducción; poco tienen que trabajar en la nidificación, por la que penetra la luz hasta el fondo, y que están tapizadas con polvo de madera. Por mu-

chos dias hemos observado á una hembra del carpintero, que encovaba sus huevos; diariamente la sacábamos del nido para examinarla, la llevábamos á grande distancia, allí la dejábamos volar, y al dia siguiente la hallábamos, sin falta, en su nido, hasta que salió de él con sus pequeños pájarillos. Nunca hallamos ocupando su lugar al macho, que quizá no ayuda á la hembra en los trabajos de la incubación. Creímos que esta hembra (como lo hacen la golondrina y otras aves) anidaria el año siguiente en el mismo sitio; pero no sucedió así, sea porque murió, ó porque quiso escoger para anidar otro lugar, en que no tuviese que sufrir las congojas que le hizo padecer nuestra curiosidad, en su anterior incubación.

Paley es uno de los naturalistas que han observado mas profundamente la organización y costumbres del carpintero. Con razon lo presenta como una de las pruebas mas brillantes de la sabiduría de Dios, que ha dado á aquella ave una conformación verdaderamente peculiar, y perfectamente adecuada al genero de vida á que por su instinto y necesidades estaba destinada.—L. E.

El amor en una Choza.

CUANTOS pasan por aquí dicen: "¡Qué choza tan pintoresca! Qué sitio tan hermoso! La colina es pequeña; pero domina á un espacioso valle; y esa vasta llanura es un tapiz de verde-mar, salpicado de flores que brotan de la grama y de las yerbas esmalgadas: ... y esos riachuelos que serpean tan diáfanos y rápidos, y esos bosquecillos de palmas y laurel esparcidos aquí y allí, en grupos que se pintan un bellos en el fondo del río tan cristalino. ... Y todo esto se ve desde la puerta de la choza, y mas allá se diseñan en el fondo de un cielo transparente las montañas azules que forman un horizonte. ... Y esta enramada de vides que sombrea la choza, y esos mastuerzos y yedras que la cubren como una red de flores y verdura. ... y ese huerto con sus rosales y sus lirios. ... y ese manantial que brota en medio de él, que rebosa sobre los musgos y se delicia murmulando. ..."

"¡Pues que diriais si supiéseis lo que hay en esa choza! ... Es una campesina de quince años, fresca y lozana como un botón de rosa, esvelta como un junco, siempre risueña y recatada; afectuosa y sencilla en sus modales; que ama con el ardor con que se aman las aves en las selvas; que canta melodiosa como una alondra; que aspira de amor como murmullo el río, como susurra el viento entre las hojas. Sale en la noche al huerto cuando arde la hoguera adentro su choza, resaca la humareda sale de

su hogar y se levanta chispeando hasta las nubes; el calor la sofoca, y su pecho se siente fatigado; va á respirar la frescura y los aromas de las flores. Entonces yo estoy allí, dentro del huerto, me ocultan los rosales; sola ella sale cuando yo llego, porque silvo tres veces como silba el gorrión, como canta el cenizo, como trina el canoro cotillachoche. Allí murmulamos palabras de amor entre el canto de pájaros nocturnos y el susurro del viento embalsamado; allí la acaricio, como acaricia el céfiro á las rosas; allí tomo en mis manos su rubia cabellera, y desato sus trenzas y las sacudo como sacude el viento los giles del maíz dorados y sedosos, y paso luego mis labios sobre su frente rubicunda, como la mariposa cuando toca las flores con sus alas. Palpa entonces su seno de amor y de ternura, y se eleva turbante como la rosa que rompe su capullo. Me quema el viento, me desvanece el aroma del clavel, me sofoca la esencia del jazmín, me ahogo con el olor del floripondio. ... Salta el Inero sobre las rocas de la montaña; el rocío refresca á las plantas, y cuando caen sus gotas cristalinas en el seno de la azucena, caen tambien mis lágrimas, y Amalia se retira, porque las gotas de rocío ruedan por sus mejillas sonrosadas. ¡Cuándo me será dado cortar de su rosal este capullo fragantísimo! ¡Cuándo llevaré á mi selva esta flor que en esta choza vive solitaria! ... ¡Cuándo beberé en sus labios el fuego de amor, como la abeja bebe el néctar en el seno fragante de las flores!

Algunas veces, cuando la luna sale por el Oriente en las noches del plenilunio, la veo levantarse detras de la colina como un disco de plata farfante, y sobre este disco se ve, como un diseño que se trazara en un espejo, una colina con sus frondosos árboles, con su choza, su huerta y su humareda. Despues, al amanecer, dirijo la vista hacia ella, y veo salir el sol como un inmenso círculo de fuego, y en el fondo luminoso de aquel disco radiante se diseñan magíicamente la colina. Cuando se disipa la tempestad, el arco iris se eleva sobre el oscuro fondo de las nubes, y sobre este fondo, bajo aquel arco magestuoso, se mira la colina. ¡Oh! ¡Qué linda es entonces esta colina con su choza en que habita Amalia, como el chupa-rosa en una jaula; con el jardín donde corre Amalia, como gira una mariposa en un casnalito que llenó el amor de flores olorosas! ... L. A.

Cualesquiera que sean las opiniones que filosofamos, ninguno puede negar que es una cosa dulce el creer en la inmortalidad del alma; y cuando nos abandonamos al pensamiento y recorremos con él los conceptos mas metafísicos, abraza ella el universo, y transporta la vida mucho mas allá del espacio material que ocupamos.